

Clausura del Proceso de los Mártires

El 13 de mayo de 2002, en el Nombre de la Santísima Trinidad, en el ambiente del Seminario de Orihuela, empezamos el proceso de nuestros mártires. Era un deber nuestro recoger con cuidado y con devoción, con todo rigor, el espléndido testimonio de su fe y de su amor. Porque murieron limpiamente confesando su fe en Jesús y murieron sin rencor, dejando constancia clara de perdón.

Encabeza la lista D. Juan de Dios Ponce y Pozo. Muchos son sacerdotes. Somos herederos de un presbiterio que contó con santos sacerdotes. Uno es seminarista. En la lista de estos nombres gloriosos hay muchos laicos. Era la Iglesia de Orihuela-Alicante, que ofrecía sus mejores hijos.

El camino de la investigación ha sido largo, consignando con precisión los testimonios y los detalles. Escuchar. Admirarse. Agradecer. Sentir gozo en el corazón y la llamada a seguir hasta el final, hasta la prueba más grande del amor a Cristo y del amor a los hombres. Como Él. He dicho al comienzo que era un deber hacerlo, porque la lámpara no se esconde debajo del celmín y la gloria de todas estas vidas ofrecidas es para el Padre, y suben desde la tierra bendita de nuestra Iglesia.

Hoy sellamos estos escritos y estas cajas. Y los presentamos confiadamente al discernimiento del Santo Padre. Acompañamos esta entrega con nuestra oración intensa al Espíritu Santo, Dador de vida, y le pedimos que podamos tenerlos como hermanos, declarados santos, intercesores nuestros, como son paisanos nuestros y orgullo de nuestra Iglesia.

Muchas gracias a los miembros del Tribunal, que nombré. Vosotros conocéis las horas y los kilómetros que habéis recorrido. Han sido cerca de cuatrocientas actas. Son cerca de cuatro mil folios. Son historias de vida. Vosotros os habéis beneficiado de primera mano. Gracias a cada uno de vosotros y a los testigos, y a las Diócesis que nos han ayudado.

Gracias a D. Ildefonso, incansable. Le encomendé alentar y cuidar este trabajo y ningún esfuerzo ha negado y con mucha ilusión y emoción lo ha realizado. Son amigos suyos nuestros Siervos de Dios.

Y quiero agradecer la presencia y el apoyo inestimable de la Dra. Silvia Correale, bien cercana a nuestros procesos en Roma, el de D. Pedro y el de D. Diego. Sabemos, Silvia, de tu interés por nuestros procesos, como por otros. Hoy nos alegra que seas testigo de la clausura del proceso de nuestros mártires.

Hablo de clausurar y en realidad es hora de la aurora y de la esperanza. Cruza nuestra Iglesia una ráfaga potente de santidad. Es una llamada a la fidelidad en estos tiempos de incertidumbre. Mirando a nuestros mártires no podemos desertar de anunciar a Cristo y de ellos aprendemos que la palabra más clara es la vida entregada. Su testimonio nos llama y nos urge. Su sangre es semilla. Ellos, al morir por el Señor, murieron por Alicante, son una bendición de paz para Alicante, ellos -así esperamos- “santos alicantinos”. Su recuerdo cierra de verdad heridas. Nos hacen mirar con esperanza, porque la vida sólo nace del surco que la acoge y la entierra.

Es día de bendición para nuestra Iglesia. Ellos abrieron camino. Nosotros, con el Señor, lo seguiremos.

Al Papa le entregamos un tesoro nuestro. Que el Espíritu le acompañe en el discernimiento en el que confiamos.

Siervos buenos y fieles del Señor, alicantinos, hijos predilectos de nuestra Iglesia, acordaos de nosotros, de este presbiterio, del seminario, de todos los movimientos y servicios de los laicos. Con Santa María rezad por nosotros.

Ahora, de esta forma sencilla y sentida, también para gloria de la Santísima Trinidad clausuramos y sellamos el proceso diocesano de nuestros mártires del siglo XX. En el Nombre del Señor.

Alicante, 27 de mayo de 2005